



LA VIDA DE NOCHE.

DESDE que balaron la cabras en el primer redil improvisado por el hombre pastor, la puesta del sol fué la solemne señal de reposo. Las gentes se dormían á la par que las bestias, y despertaban todos con la aurora. Era natural; no había entonces ni el mas miserable figón, ni cafetín abierto, ni cerrado, donde pasar la primera noche; y así escondía la cabeza bajo del ala la avecilla, como se arrebujaba el hombre en su frazada para dor-

mir, como lo hacen todavía los albergados en nuestros portales.

Pero no bien el insomnio se apoderó del hombre, cuando asomaron en el mundo los primeros síntomas de la vida espiritual. Los primeros desvelados fueron los primeros sabios, quienes, no teniendo otra cosa que contemplar más que cabras dormidas y estrellas refulgentes, descubrieron en los astros dos cosas eternamente trascendentales y sublimes: la astronomía y la religión. Y basta con que estas dos grandes conquistas se hayan hecho de noche, para que tengamos como cosa segura que las horas nocturnas son las horas del talento y del amor.

De la misma manera que los vegetales crecen de noche, podemos asegurar que el mayor impulso que la vida intelectual ha recibido, desde los orígenes de la humanidad, ha sido durante las horas nocturnas.

Los zagales y todas las personas que permanezcan hoy día tan lejos de la ciencia como el hombre pastor, se acuestan tem-

prano; y mientras los palurdos y las bestias duermen, los sabios velan, los hombres piensan y la obra espiritual del progreso humano entra en su gran período de actividad.

Desde el Capense que estudia su clase, hasta Flammarión que se endiosa asido al telescopio, todos los seres que piensan, velan, para aprovechar el silencio de los necios, seres boruquientos de suyo y á quienes la madre naturaleza tiene el buen sentido de dormir para que no estorben.

Velar, pues, es el privilegio de los seres pensadores, excepto, por supuesto, si los que velan son gendarmes, jugadores de billar, de dominó ó de lotería de cartones, porque los tales, si no duermen, en cambio tampoco piensan, y sobre todo, se salen de nuestro tema, que es el de dividir á los seres vivientes de noche en dos porciones: una, de los que esconden la cabeza bajo del ala como los guajolotes y los del dormitorio público, y otra, de los que escriben crónicas como Vestina y el Duque Job, ó consultan

los astros como los druidas y como Anquiiano.

Por ampliación á nuestra pobre capital, en lo general y en algunas noches de la semana le sucede que á pesar de la luz eléctrica, del gas, de la ópera y de los títeres, esconde la cabeza bajo del ala para dormir como los pavos susodichos y como los del dormitorio público.

Ya dió su fallo sobre la ópera y se cansó de gorgoritos y ha llegado á hacerse tan de confianza con la Mascota y con el payaso del circo, que son ahora la Mascota la que se ruboriza y el payaso quien se ríe.

La música del octavo toca casi sola y casi á oscuras en el Zócalo, á pesar de las cuarenta y ocho luces de gas y los cuatro focos de luz eléctrica que la munificencia municipal concede á esas escoletas en despoblado. Ya no le quedan al Zócalo de noche más concurrentes que un señor envuelto en capa española, que ha acostumbrado por higiene tomar allí su ejercicio de ocho á diez, desde que era joven; algunas parejas de ena-

morados pobres, que se sientan, como todas las tórtolas, á la orilla de las fuentes; algunos cacahuateros en receso ó vendedores de golosinas en actual servicio, que á falta de consumidores se entretienen en oír á los artistas de la banda.

Por lo demás, á eso de las nueve, las nueve décimas partes de la población tiene ya la cabeza escondida bajo del ala, y la décima parte que queda despierta, no es precisamente de sabios ni de astrónomos.

No es Minerva, ni siquiera Talía, la que los desvela, sino las funestas divinidades Baco, Venus y Birján, quienes los traen á las vueltas.

Todas las casas están cerradas con vidrieras y puertas, y es raro que algún piano se deje oír desde la calle desierta, cruzada á largos intervalos por gentes que se retiran ó por pollos desvelados; y en muchas noches, los únicos ecos que interrumpen el silencio pavoroso de la ciudad, son los de la tambora del circo y los desafinados pistones de los cafetines gritantes.

Los tranvías, que en todas las grandes ciudades sirven para unir los barrios con el centro y hacer no sólo fácil sino permanente el tráfico entre los extremos, llevan la sabia máxima de que mas seguro mas marrado, y que, como según es fama, á las diez de la mañana han hecho sus gastos, se retiran entre ocho y nueve para esconder la cabeza bajo del ala, y no exponer la ganancia á los caprichos del vecindario, poco dado á desveladas.

Hacen muy bien los empresarios, porque de lo que se trata es de ganar dinero, y no de servir al público, ni de darle gusto, ni de desvelarse, porque eso es contrario á la higiene y á las buenas costumbres.

Está fuera de toda duda que si el servicio de ferrocarriles del Distrito, se mantuviera en constante actividad durante la noche, todo el tiempo que la actividad del vecindario lo demandara, cambiaría completamente el aspecto de la ciudad. Parece hoy ridículo y ageno á nuestra cultura actual ese entredicho nocturno entre Tacubaya y Mé-

xico, entre las colonias y la capital, entre los barrios y el centro. Los habitantes de esos lugares se resignan pacientemente, como en la época de los «guallines», á retirarse á la aldea ó al barrio apenas se pone el sol.

Si el servicio ferrocarrilero se prolongase cuatro ó cinco horas más, formarían parte integrante de la capital las colonias y los pueblos circunvecinos, y este movimiento cedería en beneficio del comercio, de los espectáculos públicos, y de la sociedad en general.

En cuanto á visitas, cada día parece esto cosa del otro mundo. Se encuentra usted por la calle con un conocido viejo, con quien ha tenido usted intimidad años atrás.

—Buenos dias! qué milagro es verle á usted la cara por estos rumbos. Hacía meses que no tenía el gusto de verle.

—Que quiere usted. Estamos en Tacubaya y vengo á México en la mañana sólo á lo muy preciso y regreso al pueblo.

—Le hemos echado á usted de menos en nuestras tertulias.

—Yo ya no estoy para gentes, amigo mío, ya no visito á nadie.

—Cuanto lo siento!

—Buenos días, señora, cuánto gusto...

—Hace seis meses nos fuímos á Mixcoac porque todos los muchachos se vinieron atacados de tos ferina, y desde entonces no hemos vuelto á ver á nadie.

—Y usted, señor, por qué no ha venido á vernos?

—No me hable usted de visitas. De que yo llego á casa ya no me hace usted mover por nada de esta vida. Es cosa que ya casi estamos de quiebra con todas nuestras amistades, porque hemos quedado mal con todo el mundo. Son tantas las visitas que debemos y de tanto tiempo, que ya ni pensamos en ello.

—Y usted.

—Yo no visito á nadie. Ya sabe usted que yo soy así, contestó alguna muy ingenuamente.

Dos jóvenes amigas que se quieren mu-

cho se cambian excusas y explicaciones por este estilo:

—Anda, Gualupita, que nos has echado tierra completamente; ni por convidarte á las posadas ni al bailecito, te has dignado poner los piés en casa.

—Tienes mucha razón en estar enojada conmigo; pero te diré. No ha faltado pretexto: ya que he tenido mucho que coser, ya que el constipado de mi mamá, que le dió feroz; ya que la jaqueca ó que no tenemos ganas de salir; lo que tú quieras, pero el caso es que no ha faltado pretexto.

Después de lo cual las dos amigas que se quieren mucho parecen muy satisfechas, y vuelve cada una á su nido, para acompañar á todas las aves y á todas las personas que á prima noche tienen la cabeza debajo del ala.

Las sociedades literarias han metido también la cabeza bajo el ala, y la pobre literatura participa del marasmo y el sueño de la capital, cuya vida social se va extinguiendo poco á poco. Los espectáculos son los

únicos que logran reunir á las gentes para constituir un público; por lo demás las visitas se hacen mas raras cada día, y es muy frecuente encontrar personas que exclaman: Yo no leo periódicos. Yo no hago visitas.

La sociedad presenta de noche en la capital los síntomas de estar cansada de sí misma, y este cansancio conduce indirectamente al incremento de la inmoralidad y de los vicios; mientras que la actividad de la vida social influye directamente en el mejoramiento de los individuos, en el bienestar de las familias y en la felicidad de los matrimonios.

Ojalá los encargados actualmente de la educación de la juventud, en vista de nuestra vida de noche, dedicaran una atención mas detenida á la observancia del código de sociedad creando en los educandos los hábitos de etiqueta, que son la norma del refinamiento social.

